



de paz para la espera”

Asombro ante tu inesperada partida

Han callado tus arawis
para quedarse colgados
en el hábito que se desgarró
en pos de la belleza.
Es que tú, Arawikuj has partido
a escribir tus versos en las alas de este viento,
versos con fragancia de amor,
con dolor de Patria,
en tu lento asombro de paloma herida,
con baladas de los niños mineros
para encontrarte con ese árbol
con savia de amor; con ese árbol
de luz y de ternura: tu madre
que ahora ya no está en el centro de tu casa
sino en el centro del encuentro;
pero a nosotros nos duele tu silencio,
nuestra voz quebrada se hace eco
para recoger tus ansias de vivir
y aunque decías que el ayer no existe,
no existe el presente,
el mañana tampoco,
tú nos dejas un ayer en tu poesía volante,
un presente en tu duenda
y un mañana, pues nos seguirás visitando,
apareciéndote cada quince días,
te vas en tu volador
hecho de la piel azul de las estrellas,
para encontrarte con ellas, ya que decías:

“Ful río,
corriente cristalina de murmullos,
límite azul bebiendo estrellas palpitantes,
líquido caminante de ensueños
—como el vino—
alfarero y sembrador”.

Práxides Hidalgo Martínez



Al Profesor Alberto

Qué difícil es extender las manos
y a sabiendas encontrarse con el vacío
en ausencia de mi madre
ángel matulino.
Su tránsito fue hoguera
su corazón fruto exquisito
que me obsequió para soportar
los inviernos de esta vida pasajera.

Y cuando aún no termina de caer
la lágrima de despedida
en este itinerario de duelo
don Alberto, mi profesor, alza vuelo

Quiero desaparecer,
mi sangre es la herida
ya no tengo madre, no la tengo
y me falta un duenda
¿adónde se habrá ido?

Entre el tiempo y la memoria
cómo cuesta aguantar la pena
sonreír de nuevo te lleva una vida,
Pero es mejor la congoja al olvido
primero espina y luego estrella
hasta que mirar el cielo
sea para regocijo
¿Acaso no crecemos doliendo?

Morir no es dolor ni gloria
es una forma distinta de resistencia.

Julia Guadalupe García Ortega.

Despedida a un árbol

Una copa de ternura y sapiencia
ha caído al barro prímigeno.

Alberto Guerra, con los versos de sus ramas,
se aquilota entre las páginas celestes del éter,
para escribir con brasa blanca
su última presencia incandescente
en las gotas de septiembre,
en los altares del regreso
a la Madre del tiempo y el espacio.

Yo tengo en cuenta
el cielo oscuro de este día
en que Oruro despide a su Árbol Grande.

Yo doy testimonio
de la tristeza del aire,
del viento y la polvareda,
buscando rastros de la ch'alla.

Yo recordaré
las horas de esta tarde,
las nubes grises, el khaluyo
y la perseverante letanía
con que se espera
el último hábito de bocamina,
la sirena del campamento
y el poema de un niño para un encuentro
que se trasmuta en despedida.

Sergio Gareca Rodríguez

In Memoriam

Ahí está él sentado en la plaza,
pensando en qué hará ahora.
Los años lo llenan acorralado
pero su mirada, fija y audaz,
observa sablamente
a generaciones que vienen y van.
Testigo es igual que el Thunupa y el Sajama,
de sueños y obras,
sus ideas flotan, él es todo imaginación
sus hazañas las lleva en su piel
como marcas de batallas ganadas

Ahí está nuevamente él
Hombre de ideas
hombre viejo, hombre tiempo
Hombre que fue mi Profesor.

Anteo, El Niño

